

OTRO MUNDO ES POSIBLE

“¿Por quién doblan las campanas?”
John Donne (1572 –1631).

En 1945, al término de una guerra mundial trágica, con millones de muertos, sufrimientos y humillaciones sin fin, genocidios de judíos y de gitanos y otras etnias, uso de armas de gran poder destructivo, los Estados Unidos de Norteamérica lideraron la fundación de las Naciones Unidas. “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”: así se inicia la Carta aprobada en San Francisco, California. Había que evitar la guerra en lo sucesivo, para que aquella horrenda conflagración que acababa de sacudir al mundo no se repitiera. Había que construir la paz. Y así, van surgiendo las distintas organizaciones del sistema de las Naciones Unidas, para contribuir - cada una en su campo - a que nunca más fuera la fuerza sino el diálogo y la concertación el camino de la paz, para que se cumpliera la profecía de Isaías que figura a la entrada del recinto de la ONU en Manhattan: “Convertiréis las lanzas en arados”. Al Banco Mundial de la Reconstrucción y el Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional van añadiéndose la Organización Internacional del Trabajo – la única que existía ya en la Liga de Naciones -; la FAO, para la alimentación; la UNESCO, para la educación, la ciencia y la cultura; la OMS, para la salud... .

Cuando las V-2 alemanas caían sobre Inglaterra, el Ministro Británico Richard A. Butler pensó que sólo podría librarse a la humanidad de las

atrocidades de la confrontación armada si en lugar de educar para la guerra se educaba para la paz, en lugar de aprender a vencer se aprendía a convencer, si en lugar de contemplar en exceso la realidad de cada país se sabía anteponer a la tierra en su conjunto, si en lugar de formar a ciudadanos con el sello – a veces exacerbado – de una nación se formaba a ciudadanos del mundo.

Las reflexiones del ministro británico cristalizaron en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, fundada en Londres en noviembre 1945. Su Constitución se inicia con una frase inspirada en unos versos del escritor norteamericano Archibald Mac Leish: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. Y advierte más adelante: “La grande y terrible guerra que acaba de terminar no hubiera sido posible sin la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres... . La amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables... . Una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos: por consiguiente, esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad... . La Organización se propone contribuir a la paz y la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones..”.

En 1948, conscientes de que la inmensa diversidad que distingue a pueblos y personas constituye su gran riqueza y requiere, al mismo tiempo, unirse alrededor de unos principios aceptados por todos para adquirir cohesión y consistencia, las Naciones Unidas aprueban el día 10 de diciembre la

Declaración Universal de los Derechos Humanos. Este firmamento ético debe orientar y dar fuerza a las hebras multicolores que integran el tejido social de la humanidad en su conjunto. El cumplimiento del artículo 1º bastaría para cambiar radicalmente los rumbos presentes: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”. Numerosos gobernantes invocan a menudo los derechos humanos. ¿Cuántos han leído la Declaración? ¿Cuántos la tienen en cuenta en sus decisiones? Los derechos humanos son indivisibles, pero uno de ellos es requisito y condición para el ejercicio de todos los demás: es el derecho a la vida. ¿Cómo pueden invocar derechos humanos concretos quienes siegan vidas y actúan con amenazas y violencias?.

1954: Una vez se disponía de un marco institucional a escala mundial y de unos principios para elaborar los códigos de conducta, era preciso eliminar o reducir las diferencias entre unos y otros, para que los caldos de cultivo que representan la pobreza y la exclusión no originaran comportamientos que afectan la estabilidad y la convivencia pacífica. El programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) nace con este propósito. El desarrollo tiene que ser integral, es decir no sólo económico sino social, político, cultural, educativo, sanitario; endógeno, porque no se otorga sino que las distintas capacidades y destrezas se adquieren día a día con esfuerzo; sostenido o duradero para que no afecte al contexto ecológico ni se agoten los recursos naturales; y – por fin! – debe ser humano, es decir, son los habitantes de la tierra, sin excepción, lo que deben ser beneficiarios y protagonistas del mismo.

Todo estaba, pues, bien concebido y programado. La “guerra fría”, la carrera de poder, expresada en términos de fuerza militar, empaña progresivamente aquellos buenos augurios y comienza el incumplimiento de los propósitos y promesas: el 0,7% del PIB, que en 1974 los países más avanzados habían decidido ofrecer a los más necesitados para que pudieran fortalecer sus propias capacidades, se convierte, con la excepción de los países nórdicos, a los que hay que rendir homenaje, en préstamos concedidos en condiciones draconianas y uniformes – el “ajuste estructural” quedará como un gran disparate y abuso – que favorece a los prestamistas y, en general, acaban de hundir y someter a los prestatarios, cuyo recursos naturales pasan, con estas mañas, a manos ajenas. Por otra parte, la cooperación internacional favorece, aun con la mejor voluntad, la emigración de los mejores talentos del “tercer mundo” a los países, más avanzados cuya “economía basada en el conocimiento” se refuerza con los más brillantes científicos de todo el orbe.

En Estados Unidos, asesinados el Presidente John F. Kennedy, su hermano Robert y Martín Luther King Jr., y perdida contra todo pronóstico la guerra de Vietnam, el espíritu inquisitorial de Joseph Mac Carthy – desautorizado por el Senado en 1954 y fallecido en 1957 – penetra hasta los más apartados rincones de la Unión. El gran peligro de los colosos es que dejan de oír además de no escuchar y definen límites tan anacrónicos como indebidos entre los que están a su favor, aunque sea por miedo, y los que se atreven a discrepar. Algún día se describirá con detalle lo que significó la caza de brujas del macarthismo en los Estados Unidos y fuera de ellos, especialmente en América Latina: el apoyo a regímenes execrables como los de Somoza en Nicaragua, Trujillo en República Dominicana o Duvalier en Haití; la imposición de líderes sanguinarios como Pinochet en Chile y Massera

y Videla en Argentina... y el respaldo de acciones represivas de gobiernos dictatoriales como los de mesoamérica, todo ello en el marco de una inverosímil y perversa operación de política exterior llamada “Cóndor”. Miles de desaparecidos y torturados figuran ya en las páginas de las “comisiones de la verdad”, que sería conveniente releer ahora para que tantas víctimas tuvieran al menos el consuelo de haber servido de lección imborrable para el futuro.

1989. Se hunde el muro de Berlín y se desploma el telón de acero. La Unión Soviética, gracias a la transición hábilmente propiciada por Mikhail Gorbachev, da paso, sin una gota de sangre, a estados independientes que inician una larga marcha hacia la democracia. Cuando esperábamos que, por fin, dispondríamos de los “dividendos de la paz” y se reforzaría el sistema de las Naciones Unidas, sucedió exactamente lo contrario: los países más prósperos se unieron en el G-7 y tomaron una decisión que figurará en los anales de nuestro tiempo como un ejemplo de irresponsabilidad política: transferir al “mercado” sus deberes de estadistas y compromisos con el electorado. El resultado fue una ampliación de la ya importante fractura entre ricos y pobres. En 1980 se calculaba que el 20% de la humanidad disfrutaba del 80% de los recursos de toda índole. En el año 2000, el 17% de la población acapara el 83% de la riqueza. El proceso que lleva desde la sensación de desamparo a la frustración, radicalización, animadversión y rencor se agudiza.

Contra viento y marea, el sistema de las Naciones Unidas establece pautas para la gobernanza en educación (Jomtiem, Tailandia, 1990);

medioambiente (Río, 1992); desarrollo social (Copenhague 1995); mujer (Pekín, 1995)... ante la total indiferencia de los “grandes actores”.

Se elevan las primeras voces de disenso de una sociedad civil progresivamente organizada y consciente. Seattle, Praga, Washington, Génova... y Portoalegre, sabiamente distanciada de la “manifestación directa” y, por tanto, con menos probabilidades, muy negativas siempre, de brotes de violencia. Portoalegre, protestas y propuestas. Portoalegre que proclama pacíficamente, tenazmente, que “otro mundo es posible”.

2001. El 11 de septiembre, actos terroristas suicidas, dirigidos a los símbolos del poderío estadounidense marcan, por las víctimas que producen y su espectacular visibilidad, un punto de inflexión histórico y replantea súbitamente la seguridad y estabilidad mundial, al tiempo que llama la atención sobre las condiciones en que viven miles de millones de seres humanos, hasta el punto de morir diariamente de hambre - según comunica la FAO el mismo día, unas horas antes de los trágicos atentados – más de 30,000 personas. Era de esperar la reacción del gigante herido, a cuyo lado – al lado de la vida - se sitúan la práctica totalidad de países y ciudadanos. Sin embargo, pronto se pone de manifiesto que la persecución de Bin Laden y la guerra en Afganistán son el inicio de un poder hegemónico que establece sin pestañear el eje del “bien” y del “mal” (de los “buenos” y de los “malos”) y, contra todo fundamento de derecho, declara la “guerra preventiva”. Se forma una “coalición” (“Nosotros, los poderosos”... en lugar de “Nosotros, los pueblos...!”) basada en la alianza tradicional con el Reino Unido y con el acompañamiento de otros países más o menos aparentes – agradecidos unos, deudores otros, temerosos muchos – entre los que figura España, en lugar tan

destacado como incomprensible. Se fracasa en el intento de conseguir, cara a la galería, la conformidad del Consejo de Seguridad. Países como Chile y México – por no citar a los que retienen el derecho al veto – evitan la humillación de unas Naciones Unidas a las que se pretende utilizar como “institución de conveniencia” y como agencia de ayuda humanitaria. De todos modos, después del esperpéntico ultimátum desde las islas Azores y desoyendo la voz de la inmensa mayoría de la humanidad, se decide la invasión de Irak, afirmando que posee – aunque los inspectores capitaneados por Hans Blix no hayan podido demostrarlo – armas nucleares, biológicas y químicas “de destrucción masiva”, que constituían una amenaza para el mundo en su conjunto.

Se veía venir: desde 1980, Estados Unidos no había suscrito una sola convención o compromiso de las Naciones Unidas, ni siquiera la Convención de los Derechos del Niño. El Tribunal Penal Internacional, el Protocolo de Kyoto sobre el cambio climático... las condiciones de confinamiento de los prisioneros afganos en Guantánamo,... todo ello sin aceptar papel alguno de las Naciones Unidas o de sus agencias especializadas. Ningún poder hegemónico, ha dicho Jesús Moneo, ha sido capaz de moderarse por autolimitación. Ha sido por contención externa, logrando demostrar que hay otras vías. Ofrezcamos estas alternativas para que se detengan las acciones iniciadas y se reconduzcan por unos Estados Unidos más propensos a la concertación y a la escucha.

... y 15 de febrero de 2003. Por primera vez, como ya he indicado, el clamor popular se deja oír en todo el mundo. “No en nuestro nombre”. Por primera vez, renace la esperanza: por su intensidad y amplitud, los poderosos

no tendrán más remedio que tener en cuenta al pueblo, que en esto consiste la democracia. Es cierto que esta guerra – negocio- tan ilegal como desproporcionada, ya ha tenido lugar. Pero siguen los dislates tanto en Irak como en otras partes del mundo. Me llena de sonrojo que los mismos que han destruido se repartan ahora la reconstrucción... con fondos iraquíes!. “Estados Unidos se ha comprometido a conceder a los países aliados al menos la mitad de los contratos”.... . ¿Se han contado los muertos y los sufrimientos de este país, que ya bastante había padecido bajo el dictador Saddam Hussein? ¿Se piensa en el luto, el dolor y la consternación de tantos “seres humanos iguales en dignidad” cuando se anuncian con descarado alborozo las “ventajas” que se han obtenido de la guerra? ¿Se piensa realmente en el establecimiento de la paz cuando, como en el caso de Israel y Palestina, se permiten, como represalia a los fanáticos que se inmolan en atentados terroristas, “asesinatos selectivos” que muestran, con tanta reiteración como espanto, a niños víctimas de los efectos no selectivos o colaterales de una espiral de violencia atizada por el Primer Ministro Sharon? ¿Y cuando se eligen interlocutores desplazando, claro está, a los del lado palestino únicamente?. Siempre habrá algún desequilibrado entre 6,100 millones de habitantes, pero su número no se reduce con la violencia y el terror.

Cuanto antecede pone de manifiesto la necesidad de volver, como en 1945, a un sistema multilateral guiado por unos valores éticos universales, que evite la presente impunidad de las transgresiones a escala supranacional y que – con la mayor responsabilidad que corresponde a los más poderosos – regule la gobernanza mundial.

¿Es otro mundo posible? Sí, si se respeta y fomenta la diversidad y la fuerza creadora. Si, juntos, buscamos hasta hallarlos - o inventarlos – los nuevos caminos del futuro. Si no emplazamos disciplinas de pertenencia por encima de nuestra conciencia, porque más pronto que tarde se paga el precio de la indignidad, la cobardía y la sumisión.

Si se educa para la paz, la democracia y la solidaridad, erradicando en todas las escalas el terrible adagio “si quieres la paz, prepara la guerra”. Se han ocultado asépticamente horrendas imágenes de la guerra. Salvo para los niños, constituye un grave error: nunca olvidaré lo que vi en Ruanda, en Cambodia... . Para luchar sin descanso a favor de la vida y de la no-violencia hay que tener grabados en las pupilas los sufrimientos que genera la confrontación bélica.

Otro mundo es posible si ampliamos las alianzas internacionales para la seguridad a la reducción del impacto de las catástrofes naturales o provocadas. El caso del “Prestige”, las víctimas del hundimiento, consecuencia de terremotos, de las escuelas de San Guiliano en Italia y de Bingol en Turquía demuestran, con qué dramática intensidad, que los ingenios de destrucción se han desarrollado mucho y los de socorro y ayuda prácticamente nada. No hay tecnología para la asistencia en casos de inundaciones, incendios, temblores de tierra, emanaciones volcánicas... .

Otro mundo es posible si la economía a escala mundial y la gestión de los grandes retos sociales, medioambientales y culturales, se guía por valores intransitorios y no por el mercado. Si reforzamos las instituciones

internacionales, y en primer lugar la ONU, y disponemos de los códigos de conducta, consejos de seguridad y mecanismos punitivos adecuados.

Otro mundo es posible si la memoria del futuro, del mundo que heredamos a nuestros hijos tiene en cuenta las lecciones del pasado. Si tenemos fe en la especie humana, desmesurada, creadora, impredecible, inmensurable. Si creemos en la humanidad y en sus facultades distintivas, para superar los obstáculos que ponen quienes intentan someterla. Cada día que pasa representa, inexorablemente sea cual sea nuestra edad, un día menos para construir un mundo más acorde con la dignidad humana. Nos queda un día menos para actuar según nuestra conciencia. Yo ya he recorrido un buen trecho de mi camino. Por eso es lógico que mi voz, casi ya mi grito, tenga un especial apremio.

Otro mundo es posible si revisamos con serenidad la historia contemporánea y decidimos, de una vez, pasar de una cultura de imposición a una cultura de diálogo y de paz. Pasar de la espada a la palabra y responder a la violencia “con la fuerza fascinante del amor”, como ha proclamado Juan Pablo II en su reciente visita a España. Entonces las campanas ya no doblarán el miedo, la amenaza y la muerte. Tañarán con alegría por ti y por mí, por todos, porque se iniciará un mundo nuevo, con la esperanza de escribir cada uno un futuro diferente, luminoso y libre.

Federico Mayor Zaragoza